

helo de inmortalidad del alma que padecía Unamuno, en su concepción del Cristianismo, etc., así como en sus limitaciones filosóficas y en su aferrarse desesperado al yo. Intemperancias, genialidades y patetismos. Unamuno fué un *excitador Hispaniae*, siempre aguijoneando, y sin el cual no habría resurgido el espíritu español que hoy se admira en el mundo. Curtius no aprecia de manera rotunda las formulaciones filosóficas de Unamuno, pero admira en él su temperamento, su quijo-tismo y su pasión (1926).—EDUARDO TIJERAS.

JACK GERTE-LANGEREAU: *La política italiana de España bajo el reinado de Carlos IV*. Editorial Revista de Occidente, Madrid, 1958, 262 págs.

Este libro ilustra a la perfección la última ambición española sobre Italia, la de Carlos IV, y aún más de la Reina María Luisa, ambición puramente dinástica, que tuvo consecuencias catastróficas para sus promotores y, lo que es más grave, para España.

Comienza la historia con las negociaciones de Basilea, en 1795, que condujeron a la alianza de España con la República francesa. Carlos IV venció sus escrúpulos de aliarse con los regicidas ante el señuelo de la mediación en Italia, donde además del Estado Pontificio, en el que como católico estaba interesado, reinaban dos próximos parientes suyos: su hermano Fernando IV en Nápoles y su cuñado Fernando I en Parma. A partir de este momento y hasta la invasión de España en 1808, la ambición dinástica española y más tarde la de Godoy de labrarse un reino que le librara del odio del Príncipe de Asturias y su partido, son estupendos juguetes en manos de Napoleón, primero general, después Primer Cónsul y, por último, Emperador. Bonaparte aparece como lo que fué: un hombre que con el argumento de la fuerza y las intrigas hace su política, respetando de los tratados sólo lo que le conviene y cuando le conviene. Al mitificar la figura de Napoleón se ha olvidado demasiado este despotismo verdaderamente ofensivo del gran corso, que vieron con claridad hombres coetáneos de los sucesos o poco posteriores, como, por ejemplo, Flórez Estrada en España y Tolstoy en Rusia.

Los intereses dinásticos españoles en Italia sirvieron perfectamente a Napoleón para realizar su política italiana y, de paso, también su política española. Pero no se crea que esto fué una genial concepción napoleónica: atenido a sus fines, Napoleón fué buen político, porque fué aprovechando los hombres y las circunstancias conforme éstas se presentaban. Al principio España le inspiraba respeto, y andaba

con mucho cuidado de no molestar a su «aliada». Las circunstancias y su ambición le fueron llevando hasta la invasión de 1808, que fué —con la de Rusia— su tumba imperial. No era lo mismo engañar a un Rey caduco que a todo un pueblo: éste fué su error capital.

La conducta de los Reyes y de Godoy, aunque tan funesta para España, no nos produce indignación, sino pena. Aquellos hombres eran impotentes para hacer otra cosa, y pagaron en sus personas su tremenda incapacidad. Parece mentira que la España de Carlos IV suceda a la de Carlos III, aunque éste también cometió graves errores de política internacional, acaso inevitables, y ya es sabido que la ambición dinástica en Italia es una constante borbónica. Parece un rebrote de la idea medieval de que los Estados son propiedad patrimonial de sus monarcas. No se llega a repartir España, cosa ya imposible, aunque corrieron rumores en este sentido, pero sí se piensa en Portugal, y en Italia hacen y deshacen reinos, como si se tratase de una heredad de familia. En esto Napoleón fué un maestro.

Muy temprano se manifestaron las intenciones conquistadoras de los franceses. Fuese cual fuese la política de la Asamblea revolucionaria, la de Bonaparte, general del ejército de Italia, era clarísima: utilizar los ejércitos creados por la Revolución para su encumbramiento personal, muchas veces en contra de los jacobinos italianos, que ya soñaban con la unidad. Aunque —justo es reconocerlo— tras el invasor venía también una mejor administración.

Causa cierto encanto —senil— ver a los titulares de estos pobres Ducados, como el de Parma, presos en la armazón de una política de hierro, escribir cartas y más cartas implorando la protección de España para que los franceses devuelvan el cuadro «San Jerónimo», de Correggio, que se han llevado. También esta actividad, la de robar cuadros, apareció muy pronto entre los generales de Napoleón.

Pero esto es lo de menos. El estadito de Parma molestaba a Napoleón, y, ante la negativa del Infante Duque a abandonarlo, aquél creó un reino en Toscana para el Príncipe heredero de Parma. Luis I fué Rey de Etruria. A cambio de esto, es decir, nada, España cedió a Francia la Luisiana, o sea todo un Imperio en América, a cambio de una provincia en Italia. Por parte española la cesión no se hizo sin dolor, y al fin, ante lo inevitable, Carlos IV y sus gobernantes se consolaron pensando que ponían un Estado-dique entre nuestras posesiones americanas y las ambiciones norteamericanas. Pero antes de transcurrido un año de la cesión, Napoleón vendía a éstos la Luisiana por un precio irrisorio. Carlos IV se indignó, pero ya era tarde: sólo después se negaría a entregar las dos Floridas. La desfachatez de Napoleón no tenía límites.

A la muerte del Infante Duque, Parma pasó a ser administrada directamente por Francia. Y muerto Luis I, el reino de Etruria duró también muy poco. Cuando la Reina Regente y su hijo lo abandonaron, ante la presión francesa, los florentinos, indiferentes, comentaron con sorna que aquello parecía «una mudanza».

Había que buscar otras tierras para la Reina de Etruria. Y como también Godoy quería un principado para sí mismo, se pensó en Portugal, reservándose Napoleón una franja central, con Lisboa, para tener libertad de movimientos contra Inglaterra. Así comenzó la invasión de 1808. Carlos IV pensó en huir a América, pues estaba asustado, pero se lo impidió la oposición del Príncipe de Asturias, a cuyo partido convenía la llegada de los franceses.

No voy a resumir las incidencias de la *protección* sobre Nápoles. Al cabo desapareció también como Estado borbónico. Y Pío VI murió en el destierro. (Las escenas del Conclave de Venecia, donde se eligió a Pío VII, son apasionantes. Vistas a través de las *Memorias* del Cardenal Maury, recuerdan las mejores páginas de Azara, personaje del que también se habla en este libro, aunque lógicamente sólo por su aspecto oficial, de severa obediencia monárquica.)

Las consecuencias, pues, de trece años de política italiana fueron nulas en lo que se pretendía y, al enhebrarse los acontecimientos, gravísimas para España. El único consuelo que pudieron tener Carlos IV, María Luisa y Godoy es que también lo fueron para el Emperador.

El libro del señor Berte-Langereau —traducido por Julio Gómez de la Serna— es una exposición documentada de este proceso, que tiene además la gracia de no cansar: se lee casi de un tirón. Trece oportunas ilustraciones complementan el texto.—ALBERTO GIL NOVALES.

CRONICA DE POESIA

Sobre la última edición crítica de la poesía de Safo y Alceo dada en Oxford por Edgar Lobel y Denis Page, y apoyándose en una completísima bibliografía de eolistas procedentes, ha compuesto el profesor Roberto Fertonani esta excelente *Antología de la poesía eólica* (1), dotada de un prefacio y unas notas analíticas del mayor interés. De estos dos grandes poetas clásicos, y ya que, a pesar de los últimos descubrimientos de su poesía, no han llegado de ella hasta nosotros más que los flotantes residuos de su naufragio, elige Fertonani para estas

(1) *Da Saffo e Alceo*. Antología della Lirica Eolica, a cura di Roberto Fertonani. Biblioteca Delle Silerchie. Milán, 1959.